

El turista

Una nueva teoría
de la clase ociosa

DEAN MacCANNELL

EDITORIAL  MELUSINA

Introducción

La palabra «turista» se emplea en este libro con dos acepciones. Se refiere a los turistas reales: los visitantes, principalmente de clase media, que en este momento se encuentran desplegados por todo el mundo en busca de experiencias. Deseo que este libro sirva como estudio sociológico de este grupo. Sin embargo, debo dejar en claro que, desde el principio, mi intención aspiraba a más. El turista es una persona real, o las personas reales son en realidad turistas. Al mismo tiempo, «el turista» es uno de los mejores modelos disponibles para el hombre-moderno-en-general. Tengo igual interés por «el turista» en esta segunda acepción metasociológica de la palabra. En mi opinión, nuestra primera aprehensión de la civilización moderna emerge en la mente del turista.

Comencé a trabajar en este proyecto en París en el año 1968 sin mucho interés por la teoría. Poco después de mi llegada, me encontré en una recepción ofrecida por la esposa del dueño del restaurante Maxim en honor a unos estudiosos norteamericanos. Nos presentaron al profesor Claude Lévi-Strauss, quien habló brevemente sobre algunos avances recientes en el análisis estructural de la sociedad, y luego nos invitó a hacerle preguntas. Según él, no era posible realizar una etnografía de la modernidad. La sociedad moderna es demasiado compleja; la historia había intervenido y destruido su estructura. Por más que se investigara, nadie podría dar con un sistema coherente de relaciones en la sociedad

moderna. (No fui yo quien trajo el tema a colación, para mí tan importante, sino otra persona. Yo me limité a permanecer sentado y escuchar.) Quizás sería posible, concluyó Lévi-Strauss, realizar un análisis estructural sobre un detalle del protocolo moderno, algo así como los «buenos modales de mesa en la sociedad moderna». Admito que estos comentarios me desanimaron, hasta tal punto que en ese momento me alejé del estructuralismo francés y busqué refugio en mi inventario, pequeño pero que no dejaba de aumentar, de observaciones sobre turistas. Intentaría comprender el lugar que ocupa el turista en el mundo moderno sin tener en cuenta los esquemas teóricos existentes.

Cuando regresé a París en el período 1970-1971 para analizar mis apuntes y observaciones, me sorprendí al descubrir que mis interpretaciones se integraban en una línea de investigación iniciada por Émile Durkheim en su estudio de la religión primitiva. No me sorprendió descubrir que la teoría existente que mejor se ajustaba a mis hechos se originaba en otro campo: el de la antropología estructural. Este tipo de transferencia teórica es normal. Tampoco me sorprendió que una teoría diseñada para describir los fenómenos religiosos primitivos pudiera adaptarse a un aspecto de la vida secular moderna. Yo no creo que todos los hombres sean esencialmente iguales «por dentro». Lo que sí creo es que todas las culturas se componen de los mismos elementos en diferentes combinaciones. Me sorprendió porque la contribución más importante y reciente a esta línea de investigación, por supuesto, proviene de los estudios de Lévi-Strauss sobre el *pensamiento salvaje* y sobre la clasificación primitiva. Admito que aún me preocupan las implicaciones de su admonición de que no se puede realizar una etnografía de la modernidad. De todos modos, yo continuaré mi rumbo, confiado, al menos, en que yo no *intenté* realizar un análisis estructural del turista y de la sociedad moderna: éste se me impuso.

Cuanto más examinaba mis datos, más ineludible se tornaba mi conclusión de que las atracciones turísticas constituyen una tipología no planeada de estructura, que proporciona

acceso directo a la consciencia moderna o a una «visión del mundo». Las atracciones turísticas son precisamente análogos al simbolismo religioso de los pueblos primitivos.

El primer contacto que todo el mundo tiene con la modernidad es similar al expresado por Lévi-Strauss: la sociedad está compuesta por fragmentos desorganizados, alienantes, estériles, violentos, superficiales, improvisados, inestables y no auténticos. No obstante, en un segundo examen, esta apariencia resulta ser casi como una máscara: bajo ese exterior desordenado la sociedad moderna oculta la firme determinación de establecerse sobre una base mundial.

Los valores modernos están en proceso de superar las antiguas divisiones entre el Oriente comunista y el Occidente capitalista, entre el mundo «desarrollado» y el «tercer» mundo. El progreso de la modernidad («modernización») depende de su sentido mismo de inestabilidad y no autenticidad. Los modernos creen que la realidad y la autenticidad se encuentran en otra parte: en otros períodos históricos y culturas, en estilos de vida más puros y simples. En otras palabras, el interés de los modernos por la «naturalidad», la nostalgia y la búsqueda de la autenticidad no reflejan simplemente el apego casual y un tanto decadente, si bien inofensivo, a los recuerdos de culturas destruidas y épocas desaparecidas. También son componentes del espíritu conquistador de la modernidad: los fundamentos de su consciencia unificadora.

La tesis central de este libro sostiene que la expansión empírica e ideológica de la sociedad moderna está íntimamente relacionada de diferentes modos con el ocio moderno de masas, en especial con el turismo internacional. Mi intención original había sido estudiar turismo y revolución, que a mi juicio eran los dos polos de la conciencia moderna: por un lado la disposición a aceptar, incluso venerar, las cosas tal y como son, y por el otro el deseo de transformar las cosas. Aunque mi trabajo sobre la revolución sigue en curso, por varias razones resulta necesario presentar el material sobre turismo

ahora. Acaso este libro también sirva a modo de introducción al análisis estructural de la sociedad moderna.

El enfoque estructural de la sociedad se aleja un tanto de los enfoques sociológicos tradicionales. Quisiera intentar aquí una caracterización de dicha diferencia. La sociología académica ha descompuesto la sociedad moderna en diversos subelementos investigables (las clases sociales, la ciudad, la comunidad rural, los grupos étnicos, la conducta criminal, la organización compleja, etc.) antes de intentar determinar los modos en que éstos encajan unos con otros. Dicho procedimiento ha llevado a la minuciosa investigación empírica y a las «teorías de rango medio», pero el resultado no ha sido una sociología que pueda mantenerse a la par con la evolución de la cuestión. Ahora bien, creo que la sociología no va a progresar mucho, más allá de la actual saturación de hallazgos e ideas no relacionados entre sí, hasta que comencemos a desarrollar métodos para abordar el diseño total de la sociedad y los modelos que relacionan los hallazgos de los subcampos en un marco único.

La tarea es difícil en atención a la complejidad de la sociedad moderna y a que sus límites no encajan perfectamente con otro sistema de límites como, por ejemplo, los que circunscriben a una religión, un idioma o una nación. Existen reductos de sociedad tradicional en áreas modernas y avanzada de la modernidad en los lugares más remotos. Por tanto, la modernidad no puede ser definida desde el exterior; debe definirse desde el interior, por medio de documentación de los valores particulares que asigna a las cualidades y a las relaciones.

El método de estudio

El método para este estudio nació de la búsqueda de una institución o actividad existente con objetivos muy similares a los míos: explicar la estructura social moderna. Este enfoque

me permite utilizar las experiencias colectivas de grupos enteros, es decir, adoptar el «punto de vista natural» y soslayar los límites arbitrarios que la sociología se ha impuesto a sí misma. Las actividades organizadas del turismo internacional me parecieron razonablemente adaptadas a mis propósitos. El método es similar al modo en que Irving Goffman reconstruye la vida cotidiana en nuestra sociedad, siguiendo los contornos de una interacción cara a cara. La interacción en sí misma constituye un esfuerzo colectivo natural destinado a comprender, o por lo menos a hacer frente a la vida cotidiana. Asimismo, resulta similar al método que utiliza Lévi-Strauss para llegar a *la pensée sauvage* por intermedio del análisis de los mitos, que se consideran las obras maestras de las mentes «indómitas».

He vislumbrado en las expediciones colectivas de turistas un proyecto de investigación multimillonario, diseñado, en parte, alrededor de la misma tarea que yo me había propuesto: una etnografía de la modernidad. Nunca contemplé la idea de que el antiguo enfoque un-hombre-una-cultura de la etnografía pudiera adaptarse al estudio de una estructura social moderna, ni siquiera en un principio. Las innovaciones metodológicas propuestas por Goffman y Lévi-Strauss, lejos de ser ejemplares, resultan adecuadas sólo en su mínima expresión. Por ello emprendí la tarea de seguir a los turistas: por momentos me unía a sus grupos, a veces les observaba desde lejos, a través de escritos de, para, y sobre ellos. De pronto mi punto de mira «profesional», que en un principio me había mantenido alejado de mi problema, me abrió nuevas perspectivas. Mis «colegas» habitaban en todo el mundo, en busca de pueblos, costumbres y artefactos que podíamos registrar y relacionar con nuestra propia experiencia sociocultural. Según los términos de Harold Garfinkel, fue posible dejar de pensar en una etnografía de la modernidad para comenzar a *llevarla a cabo*.

Acaso sea culpable de presentar un fenómeno antiguo como si nosotros, los modernos, acabáramos de inventarlo. De hecho, si soy culpable, sólo puedo decir en mi favor que

se trata de un acto muy común en las ciencias sociales, y es casi de esperar. En realidad, el descubrimiento de sí mismo a través de una búsqueda compleja y por momentos ardua de un Otro Absoluto constituye un tema básico de nuestra civilización que sirve de base a una vasta literatura: Ulises, Eneas, la Diáspora, Chaucer, Cristóbal Colón, *El progreso del peregrino*, Gulliver, Julio Verne, la etnografía occidental, la Larga Marcha de Mao. Dicho tema no se limita a atravesar nuestra literatura y nuestra historia, sino que crece, se desarrolla y culmina en una especie de florecimiento final en la modernidad. Lo que comienza siendo la actividad propia de un *héroe* (Alejandro Magno) se convierte en el objetivo de un *grupo* socialmente organizado (los cruzados), en la marca de prestigio de una *clase* social entera (el Grand Tour del «gentleman» británico), y finalmente pasa a ser una *experiencia universal* (el turista). Ya tendré oportunidad de utilizar ésta y otras tradiciones sumergidas en la modernidad.

En una época en que las ciencias sociales consolidan su imperio intelectual por medio de la colonización de gente primitiva, gente pobre, minorías étnicas y otras, podría parecer, paradójicamente, fuera de lugar el estudio de las actividades ociosas de la clase social más favorecida por la modernidad: la clase media internacional, la clase a la que sirven los científicos sociales. No obstante, creo que si deseamos, en última instancia, ponernos a la par con la evolución de la sociedad moderna, debemos inventar estrategias más agresivas para lograr un mayor acercamiento al núcleo del problema. Siguiendo a los turistas podemos llegar a una mejor comprensión de nosotros mismos. A los turistas se les critica por tener una visión superficial de las cosas que les interesan; lo mismo ocurre con los científicos sociales. Los turistas son proveedores de valores modernos en el mundo entero; también los científicos sociales. Y los turistas modernos comparten con los científicos sociales la curiosidad por los pueblos primitivos, los pueblos pobres y las minorías étnicas y de otras clases.